

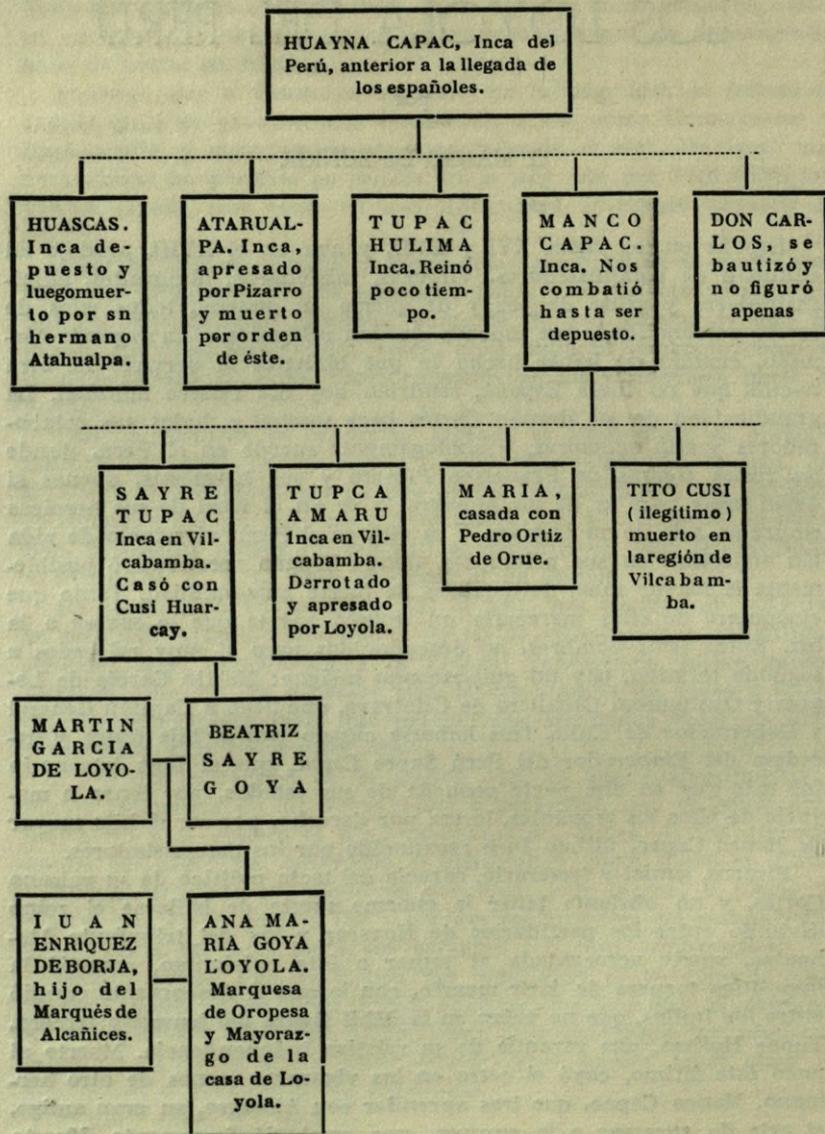
LOS LOYOLA DEL PERU

por

G. MANSO DE ZUÑIGA

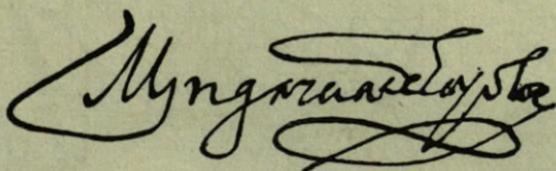
España en los siglos XVI y XVII, y aun en el XVIII, produjo tal cantidad de conquistadores, virreyes, misioneros, almirantes, administradores y gente de paz y de guerra en general, todos ellos de fuerte personalidad, que muchos quedan relegados a un segundo término, cuando de haber hecho lo que hicieron al servicio de otra nación que no fuese España, tendrían hoy día relieve mundial. La grandiosidad de un Hernán Cortés hace sombra a todos sus colaboradores y aun sucesores, y análogamente sucede en el Perú, donde las recias figuras de Francisco Pizarro y sus hermanos, apenas si dejan lugar para la de un Almagro, o ya en el final de sus heroicas empresas, a la de un Lagasca. Y es allí, en el Perú, virreinato de vida tan anárquica en sus principios, donde España reconcentró posiblemente la mayor suma de hombres de fuerte personalidad. Tanto que cualquiera de ellos merecería un trabajo aparte que lo sacase a la luz. Entre estos hombres, no desconocidos pero sí muy relegados a segundo término, hay un guipuzcoano insigne: Martín García de Loyola y Oyanguren, Caballero de Calatrava, que llegó a Capitán General y Gobernador de Chile, tras haberse casado con la hija única y heredera del Emperador del Perú Sayre Capac, que si bien éste no lo fué más que en una parte pequeña de sus estados, por tener la mayoría de ellos los españoles, lo era por derecho, por ser el hijo mayor de Manco Capac, último Inca reconocido por los conquistadores.

Pizarro, genial y temerario, carecía del tacto político de su paisano Cortés, y no obstante tener la enorme suerte de hallarse el reino dividido entre los partidarios de Huascar y los del triunfante Atahualpa, suerte acrecentada al tomar a éste prisionero, cometió la impolítica torpeza de darle muerte, con lo que el descontento cundió entre los indios, que no veían en la débil figura del hermano tercero, Tupac Hulima, una garantía de su relativa independencia. Muerto al poco éste último, cayó el cetro en las vigorosas manos de otro hermano, Manco Capac, que tras aprender con Almagro, su gran amigo, el arte de guerrear a la europea, nos combatió ferozmente. Muerto Manco, quedaron como descendientes suyos: Sayre Capac, el mayor



y heredero, Tupac Amaru y María Tupac, que casó con Pedro Ortiz de Orúe. Quedó también un hijo natural, llamado Tito Cusi. Los sucesores de Pizarro, más políticos que él, trataron por todos los medios de atraer a la capital a Sayre Tupac, a quien los indios no sojuzgados reconocían como su Emperador en la región de Vilcabamba. Al fin, la tenacidad y buenas promesas de los virreyes consiguieron que este Inca se entregase, entrando en Lima el 5 de enero de 1558, siendo recibido con los honores propios de su rango y recibiendo una encomienda de 17.000 pesos corrientes y el Señorío del Valle de Yucay, más un solar donde edificar su palacio. Hija de este matrimonio, que recibió el bautismo, fué Beatriz Coya Inca que casó con el Capitán Martín García de Loyola.

Pero al entregarse el hijo mayor de Manco Capac, sus dos hermanos, tanto el legítimo como el ilegítimo, quedaron en Vilcabamba inquietando a los españoles y matando a nuestros emisarios, como al



fraile Diego Ortiz y a Atilano de Anaya. No podían nuestros virreyes en buena política permitir esto y trataron incesantemente de reducirlos, bien con promesas, bien con la amenaza de hacerles la guerra. Esta difícil tarea se llevó a feliz término durante el ejemplar gobierno de don Francisco de Toledo, tan injusta y falsamente tratado por el mestizo Garcilaso, y de quien el argentino Roberto Levillier hizo un razonado, ameno y bien documentado panegírico (D. Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú. Espasa Calpe, Madrid, 1935). La tenacidad y habilidad de Toledo, queda bien patente al decir que desde que entró en Lima Sayre Tupac, hasta que fué derrotado y preso su hermano Tupac Amaru transcurrieron catorce años, ocho meses y dieciséis días. En tan largo plazo menudearon las promesas y las largas conversaciones, para acabarse recurriendo a la fuerza de las armas. En esta última fase es en la que jugó un brillante papel Martín García de Loyola.

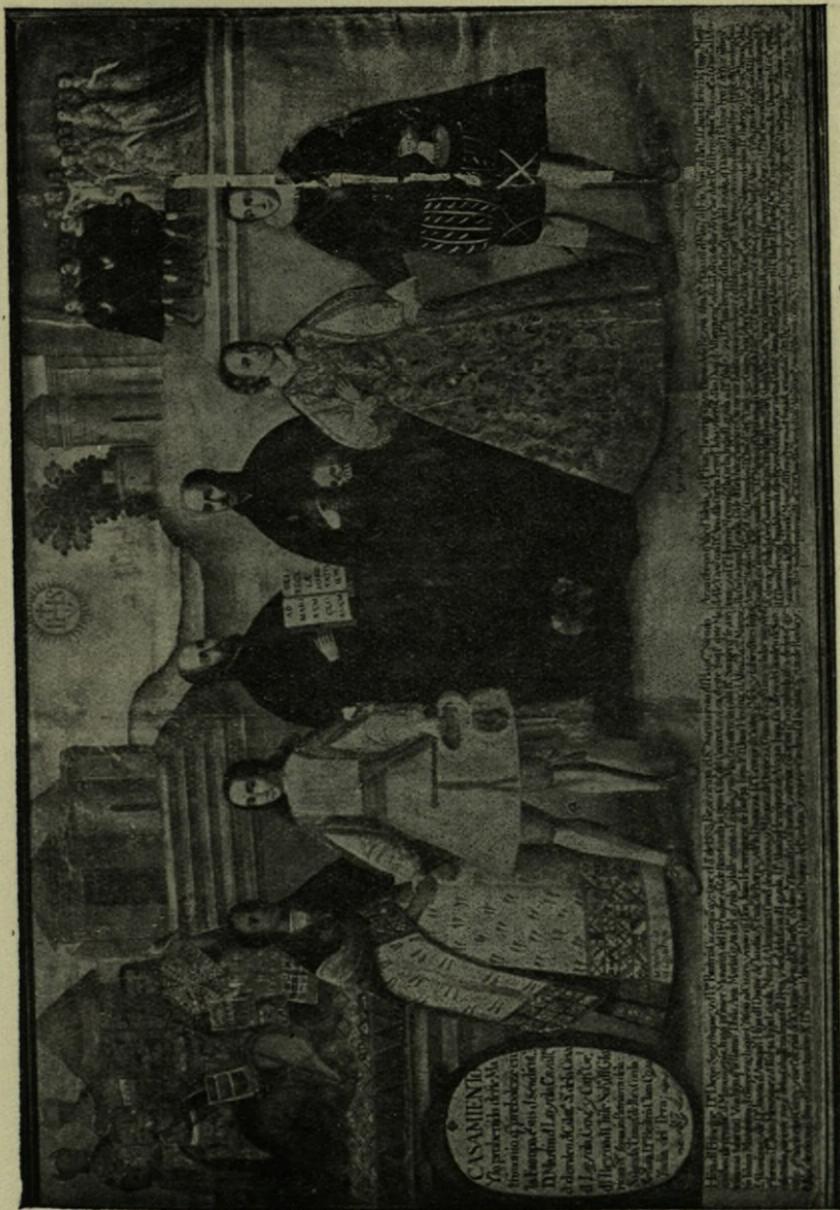
Este era hijo de otro Martín García de Loyola y de María Nicolás

BUEN GOBIERNO LA PRECIÓ DE TOPA

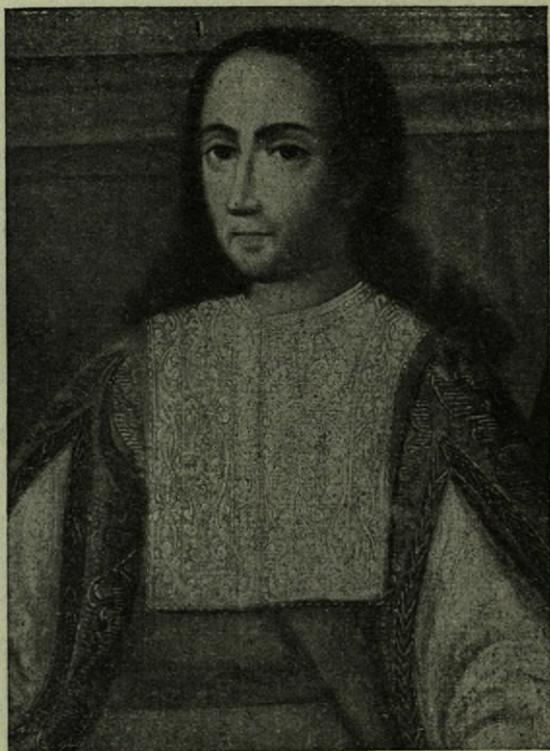
marco ynga. ynfante Rey lo lleita preso con su co
 una el capi tan martin garcia de lo yo la -



El Capitán Martín García de Loyola llevando al Inca Tupac Amaru encadenado, según Poma de Ayala.



Boda de D. Martin García de Loyola con la Princesa Beatriz Sayre. A la derecha, boda de su hija, Ana María con el hijo del Marqués de Alcañices. En el centro, San Ignacio y San Francisco de Borja.



D. Martín García de Loyola, según el cuadro existente en Cuzco



Retrato de Ana María Goya Loyola, su
hija según el cuadro existente en Cuzco.

de Oyanguren, de la casa solar de este nombre en Azpeitia, y nieto de Martín García de Oñaz y Loyola (hermano de San Ignacio) y de Magdalena de Araoz, ahijada y Dama de la Católica Reina Isabel. Era, pues, el Capitán sobrino nieto de San Ignacio y guipuzcoano de pura cepa.

Agotadas las gestiones de paz, formó el virrey una tropa de 250 hombres, cuyo mando dió al encomendero y regidor Martín Hurtado de Arbieta, yendo como maestre de campo Juan Alvarez Maldonado y como capitanes Martín García de Loyola, Antonio Pereyra, Martín de Meses y Mansio Sierra de Leguizamo. El cargo de proveedor de la tropa lo ostentaba Julián de Humarán y el alférez real y secretario lo era Pedro Sarmiento de Gamboa. No obstante la fe que el virrey tenía en tan escogido grupo, envió por otra parte a Gaspar de Sotelo en misión de paz, con la orden espresa de que si el Inca *"antes que se le hiciese guerra saliese de paz, lo recibiese y le diese toda seguridad de parte de Su Magestad."* Como esta gestión pacífica fracasase por no poder Sotelo entrar en contacto con Tupac Amaru, la tropa atacó, y, tras tomar un puente, penetró en la región rebelde. Dividiéndose en dos grupos tocó al que mandaba Loyola combatir, tras larga marcha, por región muy escabrosa, el valle de Vitcos, en el que tras una hora de lucha quedó dueño del campo y de varios prisioneros que les fueron de suma utilidad para conocer las posiciones del enemigo. Días después, y una vez reunidas las fuerzas, se encargó a Loyola que mientras el grueso de ellas atacaba por la parte baja el fuerte de Huayrapucara, él lo hiciese por la parte alta, logrando con ello que cayese en nuestras manos esta posición, clave de la región en que se mantenía Tupac Amaru. Al fin, y tras otros muchos encuentros, la tropa española consiguió entrar en Vilcabamba el 24 de junio de 1572. Entonces supieron que era muerto hacía tiempo el hijo natural Tito Cusi, y que sólo quedaba como representante del último Inca su hijo Tupac. Como de no apresarlo, la guerra podría alargarse indefinidamente, se encargó a Loyola que le fuese al alcance; tarea que realizó con éxito el capitán guipuzcoano días después, consiguiendo primeramente apresar a varios familiares suyos y al capitán Curi Paucar *"principal agresor de la dicha guerra"* y poco después al propio Inca y a su general Gualpa Yupangui en el valle de Momori. Este último llevaba en su poder el ídolo Punchau *"que quiere decir "día", y es el Sol que dió las leyes de culto desde la ciudad de el Cuzco a todo el reino, es la pieza que digo a Su Magestad que llevaron cuando se ganó esta tierra de Vilcabamba, con que se conservó aquella provincia y las comarcas. Entendido la fuerza que ha tenido el demonio con él, y el estrago que había hecho desde el sétimo Inca aca, que puso culto y reclusión para tiranizar*

más este barbarismo y los daños que se han evitado con haberlo hallado, que con cuantas diligencias hizo el Marqués Don Francisco Pizarro, nunca lo pudo descubrir, que se le hurtó Mago Inca. Cierto que me parece pieza que podría por estas partes Su Magestad enviarla a Su Santidad. Es de oro vaciado con un corazón de masa en una cajica de oro de dentro del cuerpo del ídolo, y la masa, de polvos de corazones de los ingas pasados, con la significación de las figuras que tiene" (Papeles de Gobernantes del Perú. Volumen IV). Con el Inca preso entró la victoriosa tropa en el Cuzco el día de San Mateo de 1572. A Loyola le cupo el honor de marchar al frente llevando tras él, con las manos encadenadas, al desventurado y derrotado príncipe, yendo junto a Loyola otro capitán con el ídolo Punchau bien a la vista. Aparte de estos honores recibió la pensión de 1.500 pesos anuales.

¿Cómo era físicamente don Martín García de Loyola? A juzgar por el dibujo de su contemporáneo Poma de Ayala, que aquí se publica, tenía, como su tío abuelo San Ignacio, la frente alta y despejada, pero en vez de poseer como éste una nariz ligeramente aguilena, poseía otra francamente achatada. Aun reconociendo lo ingenuo del dibujo aludido, cabe suponer con bastante fundamento, que el autor se atendería para hacerlo a las facciones del original. Así parece ser, pues mientras los personajes secundarios de su obra suelen adolecer de parecerse todos, los retratos de los principales acusan diferencias muy marcadas. No obstante, existe en Cuzco, en la iglesia de la Compañía de Jesús, una enorme pintura en la que figura don Martín de cuerpo entero. En esta obra la nariz del capitán guipuzcoano es francamente recta y quizá algo caída. Sin embargo, el estar hecha esta pintura cien años después de ocurrir el fallecimiento de Loyola, nos inclina a dar más fe al ingenuo dibujo de Poma de Ayala. Si se añade que en el cuadro se pone al capitán sin barba, cosa impropia de su época y de un hombre que vivía combatiendo, y hasta con un traje ligeramente anacrónico, se refuerza la impresión de que el pintor no se preocupó grandemente de los parecidos.

Así debió ser, pues tampoco la princesa india Beatriz Sayre, mujer de don Martín, figura en el cuadro con las facciones que por su raza, pura india, le corresponden, y sí con las de una mujer española con el color ligeramente bronceado.

Del matrimonio de Martín García de Loyola y de la princesa Beatriz Sayre Inca quedó una sola hija, Ana María, que fué llevada a España y hecha marquesa de Oropesa de India, casándose en la Corte con don Juan Enriquez de Borja, hijo del tercer marqués de Alcañices. Con los años, y tras extinguirse otras ramas de la familia,

vino a parar el Mayorazgo de Loyola a las manos de dicha doña Ana María.

Merece hacerse resaltar aquí no sólo la falta de racismo de los españoles todos, que no dudaban en casarse con indígenas, sino también el amplio espíritu cristiano de la Corona que no se contentaba con aprobar dichos matrimonios, sino que no dudaba en hacer marquesa a una mujer cuya sangre, en un 50 por 100, era "de color". ¿Qué país de los que han colonizado América, excepción hecha de Portugal, puede decir otro tanto? ¿Quiénes son los que han tratado al nativo en el mismo plano de igualdad y quiénes no? España está llena de gentes que llevan en sus venas sangre americana, como América está poblada por millones de seres que llevan ambas sangres mezcladas.

Si España fué racista lo fué en el espíritu. Quiso siempre gentes del mismo ideal, de las mismas creencias, no de la misma sangre. Y en cuanto la comunidad de credo existió, como iguales trataba a todos los súbditos del Imperio. Nunca se rechazó de la Universidad al indígena cristiano, y ni aun de las Ordenes Militares cuando su nobleza era probada. Un sobrino, indio puro, de Manco Capac ingresó como Caballero de Santiago. El hijo de Cortés y de la india doña Marina, no obstante ser hijo natural, fué admitido también en la misma Orden, en la que llegó a alcanzar el grado de Treze. Casos así abundan y se enfrentan ventajosamente con los alegatos del Padre Las Casas. Y aun basándose en éste, hay que reflexionar sobre la libertad que representa el que trabajo tan crudo fuese permitido publicar, sin que a su autor se le ocasionase la menor molestia. No conocemos de que en Inglaterra se permitiesen publicaciones criticando las decapitaciones periódicas de las mujeres de Enrique VIII. Y, sin embargo, estas decapitaciones existieron.

Don Martín García de Loyola no se contentó con vivir de sus cuantiosos bienes ni del Mayorazgo tan espléndido de su esposa, sino que siguió guerreando en Chile, hasta que en diciembre de 1598, siendo capitán general y gobernador de aquel reino, fué muerto en una emboscada en unión de otros cincuenta y cinco compañeros, mientras descansaban.

El historiador Flórez de Ocariz dice en los "Nobiliarios del Reino de Granada" que "*dejó a Chile tan inconsolables y copiosas lágrimas que hasta hoy no puede enjugarlas*". Menos admirador suyo el mestizo Garcilaso, siempre tan tendencioso y amañado, presenta esta muerte como un castigo del Cielo por haber tomado el guipuzcoano parte tan brillante en la captura del Inca. Lo que se calla el tal historiador (?) es que este castigo celeste ocurrió más de veintisiete

años después de la hazaña que proporcionó a Loyola 1.500 pesos de renta y la mano y bienes de la sobrina del propio Inca. Por otro lado, mal cabe el castigo, pues don Martín se limitó a cumplir con su deber y a combatir limpiamente, sin que se le acuse de haber maltratado a su prisionero. Pero si Garcilaso tiene razón y su muerte fué castigo, hay que reconocer que fué algo tardío.

